

Capítulo XCVI.

Cómo es recibido nuestro héroe en España.

El ilustre héroe de nuestra historia, después de un viaje felicísimo, llegó á España á fines del año 1528, é inmediatamente se dirigió á Toledo, en donde se hallaba la corte.

No hay para qué decir el entusiasta recibimiento de que sería objeto.

Baste saber que á la noticia de su llegada vinieron infinitas personas de la mayor parte de las provincias, deseosas de conocer al que tantas proezas habia llevado á cabo, al que con su valor habia añadido á la corona de Castilla uno de sus más ricos florones.

Su buen amigo el duque de Béjar, que fué uno de los primeros que le estrecharon en sus brazos, consiguió, á fuerza de repetidas instancias, que se hospedara en su casa.

Hernan Cortés, á pesar de la ovación de que era objeto, recordando los muchos sinsabores que habia experimentado durante su vida por las intrigas de sus enemigos, temia que sus legítimas esperanzas se vieran defraudadas, y este temor, en el último tercio de su vida, agravó la enfermedad que padecía.

Blanca de Zúñiga, la hija del duque de Béjar, no se separó un instante del ilustre enfermo, y en la solicitud y el esmero con que le cuidaba, hubiera notado el ménos observador un interés algo más grande que el que inspira el que padece.

La atención que prestaba la jóven cuando hablaba el caudillo, el rubor que sentia cuando se encontraba con su mirada, el carmin que coloreaba sus mejillas cuando le dirigia la palabra, todo indicaba que un dulce sentimiento iba infiltrándose en su virginal corazón, sentimiento que habia de constituir la dicha de Blanca y el orgullo de su padre.

Hernan Cortés participaba del mismo sentimiento que habia inspirado á Blanca; pero no se atrevia á declararle su amorosa pasión, porque temia no hallar acogida.

—Hé aquí,—se decia muchas veces,—una mujer angelical que hubiera hecho mi ventura. Hay momentos en los que hasta me parece que podia explorar el corazón de mi bella, de mi angelical enfermera. Pero ¡bah! ¡desechemos locas ilusiones! ¿A caso mi edad, la nieve que blanquea mi cabeza, puede inspirar otro afecto, á esa jóven que no sea el de la compasión?

Estas juiciosas reflexiones las destruía Blanca con una mirada.

Hernan Cortés, que como sabemos era muy impresionable, se decia entonces:

—¿Y quién sabe?

La hija de don Alvaro no es una mujer vulgar; en el tiempo que me hallo en su casa he podido vencerme de ello.

Nada tendria de extraño, por lo tanto, que presidiendo de mi edad, de mis achaques, se hubiera enamorado de la gloria que circunda mi nombre.

Tal vez mi buen amigo, su querido padre, le haya hablado de mis hechos heroicos y...

En fin, de todos modos, salgamos de dudas. En la primera ocasion favorable voy á contarle mis campañas, y segun el efecto que le produzcan, avanzo ó recojo velas.

El tiempo avanzaba rápidamente para el ilustre caudillo, y ¡lo que es el amor! hasta habia momentos en los que no se acordaba de sus planes ambiciosos.

La esmerada asistencia de que era objeto en aquella hospitalaria casa, ayudada por los auxilios de la ciencia, le hicieron experimentar una notable mejoría, que determinaba ya la convalecencia.

Grande era la satisfaccion que experimentaba Blanca al notar la mejoría del enfermo.

—Hernan Cortés, —se decia á su vez,—es el hombre que yo habia soñado.

¡Qué mirada la suya!

¡Qué carácter revela cuando habla! ¡Se vé en él al hombre enérgico á la par que bondadoso!

¡Por otra parte, ser su esposa debe enorgullecer á la dama más ilustre!

¡Estoy segura que el mismo monarca envidia la gloria que ha conquistado! Y lo que más admiro en ese hombre superior es su modestia; jamás me ha hablado de los inmarcesibles triunfos que ha obtenido en las Indias.

A no ser por que han pasado ya al dominio público, por que los he oido referir á mi querido padre y á fray Melgarejo, nada sabria.

¡Qué diferencia entre él y cuantos han solicitado mi mano! Unos tan ufanos por que descienden de héroes, se creen ya con títulos suficientes para interesar á una mujer, sin haber hecho ellos nada en su vida que justifique su apellido; otros, envanecidos con sus riquezas, son tan mezquinos que se les figura puede comprarse un corazón; los más, preciados de su figura, juzgan que esto solo basta para llenar el ideal que toda jóven se ha formado en su imaginacion.

Y ahora que recuerdo, el que figura á la cabeza de esta clase de majaderos es el paje que ha recibido mi padre hace pocos dias.

Ciertamente que Ramiro debe ser el tipo que haria feliz á una de esas damas de la corte, hartas ya de aventuras, pero á mí me ofende hasta el verle; ese aire de conquistador, esa altivez que le hace olvidarse del puesto que ocupa... vamos es insoponible.

¡Y qué vanidoso! ¡Qué atildamiento en el vestir! Vamos, es un busto lindísimo; pero me parece que en ese amor que me jura hay algo de cálculo. Al mismo tiempo, ¡es tan vulgar en su conversacion! ¡Qué frases tan rebuscadas!

Pero, ¿á qué cansarme? ¡Si comparase á todos los galanes de la córte con Hernan Cortés, siempre saldria este victorioso.

Durante los dias que estuvo postrado en el lecho el ilustre enfermo, mandó siempre á primera hora y al ponerse el sol á saber su estado el emperador Carlos V.

Cuando uvo noticia de que se hallaba ya en la convalecencia, fué á verle á casa de don Alvaro.

Cortés se sorprendió de tan inesperada visita, y cayendo á sus plantas:

—Perdonadme, señor, que no me haya apresurado á ir á la régia cámara para prosternarme ante vuestra majestad. Ese era mi deseo; pero la grave enfermedad que he padecido me ha privado de esta honra. Al mismo tiempo, acepte vuestra majestad la expresion de mi profundo agradecimiento por el señalado honor que me ha dispensado enviando diariamente á informarse de mi salud, y por el señaladísimo de haber tenido la bondad de visitarme.

—Alzad, mi buen Cortés, que no es justo, ni siquiera razonable, que se humille el que por su valor, por sus proezas, se encuentra más elevado que todos los reyes del mundo.

—No obedeceré la órden de vuestra majestad, por

más que la acate, si antes no me concede besar su real mano.

—Vamos, sentaos á mi lado... Y vos tambien, don Alvaro,—dijo, dirigiéndose á este, que en unión de su hija asistia á aquella escena.

—En esta Memoria que pongo en las reales manos de vuestra majestad, están compendiadas todas las observaciones que respecto á las Indias he podido recoger. Los presentes que por conducto de mi buen amigo don Alvaro he enviado á vuestra majestad, dan una idea aproximada de la riqueza de aquellos países.

—Bien decia yo á vuestra majestad,—se atrevió á exclamar el padre de Blanca con la ruda franqueza que le caracterizaba,—que las noticias que corrian en palacio no eran fidedignas.

—Continúa, Hernan Cortés,—dijo,—el monarca, por no verse en el caso de tener que convenir en la razon que asistia al duque de Béjar.

—Como vuestra majestad tendrá ocasion de ver en la Memoria citada, las Indias pueden ser una mina inagotable.

—¿Y qué seria preciso para eso?

—Nombrar un gobierno enérgico, á la par que justo. Preceder con el mayor tino en la eleccion de personas que han de desempeñar cargos en aquellos países, prefiriendo á los que por su posicion independiente no pueda impulsarles á emprender la expedicion la sed de riquezas, la ambicion de mando.

Pero estoy abusando de la bondad de vuestra ma-

jestad, y hoy mismo, si me concede una audiencia, tendré el honor de elevar á su aprobacion en la régia cámara ciertos detalles, que deben poner término al feliz éxito que, gracias á la proteccion divina, ha tenido la conquista de Méjico.

El rey se despidió, y regresó á su palacio.

Dos horas despues recibia á Hernan Cortés rodeado de los altos dignatarios de la córte.

Capitulo XCVII.

Señaladas mercedes.

—Mañana mismo,—le dijo el monarca,—voy á salir con direccion á Barcelona para embarcarme, y antes quiero ordenar lo necesario para que sean premiados vuestros servicios.

—Yo agradezco tanta vondad á vuestra majestad; pero el mayor premio que me atrevo á solicitar, es que me permita acompañarle en el viaje y ofrecerle mi espada, sí, como creo, ha surgido alguna nueva complicación en Italia que motiva en aquel reino la presencia de vuestra majestad.

—Desde luego aceptaria ese ofrecimiento, que os honra; pero afortunadamente, la causa que allí me lleva es la ceremonia de mi coronacion. Pero no hablemos de eso; ocupémonos de lo que os concierne.

Por los buenos servicios que habeis prestado, por el valor que se revela en todos vuestros actos, os concedo el título de marqués del valle de Huaxacac.

Los nobles se miraban con envidia, y especialmente los que más hostiles habian sido al ilustre caudillo sentian un profundo disgusto al ver que sus malas artes no habian podido conseguir el desprestigio del ilustre conquistador.

—Os nombro además,—continuó el monarca,—capitan general de la Nueva-España, de las provincias y costas del mar Sur, y descubridor y poblador de aquella misma costa, é islas, con la duodécima parte de lo que conquistáreis en juro de heredad para vos y vuestros descendientes.

Hernan Cortés, profundamente conmovido, dió las gracias al soberano por tan señaladas mercedes, y le pidió la gracia de acompañarle al ménos hasta Zaragoza.

El rey accedió á sus deseos, y al dia siguiente se puso en marcha la comitiva que debia acompañarle.

Un historiador fidedigno, al reseñar la entrevista que celebró Hernan Cortés con el emperador, añade á lo que hemos dicho lo siguiente:

«Dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso sin encomienda.

»Pidió la gobernacion de Méjico, y no se la dió, porque no piense ningun conquistador que se le debe; que así lo hizo don Fernando el Católico con Cristóbal Colon, que descubrió las Indias, y con Gonzalo

Hernandez de Córdoba, Gran Capitan, que conquistó á Nápoles.

»Mucho merecia Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dió el emperador por le honrar y engrandecer, como gratisimo príncipe, y que nunca quita lo que una vez da.

»Dábale todo el reino de Michacan, que fué de Caazonzin, y él quiso más á Cuahunanac, Huaxacac, Teacoatepec, Coyoacan, Matalcinco, Atlacupaia, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Tenquilaiacoan, Calicuaia, Autepec, Tepuztlan, Cuitlapan, Accapiztlan, Cuetlaxca, Taztla, Tepecan, Atloixtan, Izcalpan, con todas sus aldeas, términos, vecinos, jurisdiccion civil y criminal, pechos, tributos y derechos.

»Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa.

»Otros favores y mercedes le hizo tambien; más los nombrados fueron los mayores y mejores.»

Cuando Hernan Cortés salió de la régia cámara, se dirigió á casa de don Alvaro para darle cuenta de las mercedes que le habia otorgado el monarca.

—Grandes son, en efecto,—le dijo este,—y no habrá en la córte quien pueda igualaros en honores; pero á mi juicio bien pudo daros la gobernacion de Méjico, desechando vanos escrúpulos.

Mucho agradeció Cortés estas palabras, pero las que pronunció Blanca le impresionaron aún mucho más.

Baste decir que sintió haberse ofrecido á acompañar al monarca, porque este ofrecimiento le alejaba,

siquiera fuera por poco tiempo, de la hija de don Alvaro.

En tanto que el ilustre caudillo se dirigia á Zaragoza, los palaciegos, dominados todavía por la impresion que les habia producido la entrevista á que habian asistido en la régia cámara, formulaban su opinion respecto á las mercedes concedidas al conquistador de Méjico.

—No puede negarse,—decia uno,—que el monarca tiene un carácter muy volable.

—Mejor habeis de decir que no tiene carácter; es del último que llega.

—¿Quién habia de suponer que despues de enviar para residenciarle al licenciado Ponce de Leon, y de obligar á Cortés que reconociese autoridad en Aguilar, que sustituyó á Ponce, y en Estrada que reemplazó á éste, le habia de conceder hoy tan inusitados honores?

—¡Y con qué altivez, con qué satisfaccion nos miraba el caudillo!

—No tengais cuidado; no hay bien ni mal que cien años dure.

—Así es, en efecto; hoy su fortuna le es próspera pero ya se cansará de favorecerle.

—Por supuesto, que todo esto que pasa es hechura del duque de Béjar.

—Ya sabia yo que era muy intrigante; pero no me figuraba que fuera tan hábil.

—No se puede negar,—dijo uno, que al ver á Cortés en boga se proponia pasarse á su partido con

armas y bagajes,—que el ilustre caudillo ha obtenido el premio merecido á sus esclarecidos servicios.

—¿De cuándo acá os habeis convertido en su panerigista?

—Si he de seros franco, desde el primer momento comprendia yo que la razon estaba de su parte.

—Y entonces, ¿por qué no le habeis hecho justicia?

—Porque veia el espíritu que dominaba en palacio, y no queria singularizarme.

—Teneis poca memoria.

—¿Por qué?

—Porque habeis sido uno de los que más se distinguian en la invencion de falsas noticias y en propagarlas.

—Es posible, aunque no lo recuerdo; pero repito que era siempre bajo la presion de la atmósfera emponzoñada que aquí se respiraba.

—Vamos, sed franco. Decid de una vez que queris conservar vuestro puesto, y para lograrlo empezais adulando á Hernan Cortés para que interponga su influencia en vuestro favor.

—Hareis mal, porque Herman Cortes, y en este momento hablo sinceramente, no tiene nada de agradecido.

—Si hago bien ó hago mal, yo sufriré en todo caso las consecuencias; por lo tanto, no debe inquietaros lo que me suceda.

—Está visto, Abendaño,—dijo uno, refiriendose á aquel entusiasta admirador *del dia siguiente* del

ilustre caudillo,—cree que el flamante capitán general de la Nueva España le vá á nombrar cacique de alguna provincia.

Esta bufona excitó la hilaridad de todos, y Abeni daño se retiró, por que temia que aquella escena terminase de una manera tempestuosa.

Mientras Hernan Cortés se hallaba acompañando al monarca en su expedición, se recibió en casa de don Alvaro la noticia del fallecimiento de los padres del caudillo.

El anciano don Martin, al tener noticia de la llegada de su hijo, quiso ponerse en camino.

En vano su esposa le hizo ver lo temerario de su empresa.

Abandonando el lecho en donde hacia dias estaba postrado, mandó llamar á un arriero que hacia viajes á Toledo, para que le acompañase.

No habian andado media legua, cuando sufrió una terrible caída.

Su débil naturaleza no le permitió soportar aquel contratiempo, y murió.

Su esposa le sobrevivió pocos dias.

En sus últimos momentos sintieron una acerba pena los ancianos, al convercense de que tenian que renunciar al placer de abandonar á su querido hijo.

Capítulo XXVIII.

Una triste noticia.

Cuando Hernan Cortés regresó despues de acompañar al emperador Carlos V hasta Zaragoza, le dijo el duque de Béjar:

—No podeis figuraros, mi querido amigo, lo que celebramos vuestra vuelta. Desde que salisteis de aquí faltaba la alegría en esta casa.

—Yo aprecio en todo lo que valen esas cariñosas palabras, y sólo deseo la ocasion de poder manifestaros que no soy un ingrato. Pero aunque por breves dias, me vais á permitir señor don Alvaro, que abandone de nuevo vuestra hospitalaria morada.

—¿Con qué objeto, si no es indiscrecion preguntároslo?